

—¡Ahora! ¡Ahora! — gritaba la reina —. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

Y tan rápido iban, que al final, casi era un vuelo y sus pies no tocaban tierra. De repente, cuando ya Alicia se sentía casi asfixiar, se detuvieron. La niña se encontró sentada en el suelo, aturdida y sin aliento. La reina ayudóla a reclinarse contra un árbol.

—Puedes descansar un poco — le dijo.

Alicia miró con sorpresa a su alrededor.

—¡Cómo! — exclamó —. Parece que no nos hemos movido de debajo de este árbol. Está todo en el mismo sitio.

—¡Claro que sí! — repuso la reina —. ¿Y qué querías?

—No sé — contestó Alicia con la respiración entrecortada —. En nuestro país nos hallaríamos en otra parte si hubiésemos corrido de esta manera.

—¡País bien lerdo, por cierto! — dijo la reina con tono compasivo —. Aquí, ya lo ves, corre una todo lo más rápido que puede, para hallarse en el mismo lugar. Si quieres moverte de aquí, tienes que correr por lo menos con doble velocidad...

—¡Por favor! — suplicó Alicia con viveza a pesar de su cansancio —. Estoy más que satisfecha de estar donde estoy... Sólo que tengo un calor horroroso y una sed terrible.

—Ya sé lo que te hace falta — dijo la reina muy amablemente, y sacó una cajita del bolsillo —. Toma un bizcocho.

A Alicia le pareció poco galante rechazarlo, pues no era un bizcocho lo que ella necesitaba. Lo aceptó, y se lo comió como pudo, discurrendo que en su vida estuvo tan cerca de atragantarse, pues el tal bizcocho era más seco y duro que una piedra.

—Mientras descansas — dijo la reina — empezaré a medir.

Tras estas palabras, extendió las dos pulgadas y empezó a tomar el espacio cuyo suelo y, de trecho en trecho, las estacas.

—A las dos yardas — dijo la reina — te daré instrucciones.

—¡No, gracias! — repuso Alicia — es bastante.

—Ya no tienes sed, ¿no?

Alicia no sabía qué responder, pero la reina no esperó contestar.

—A las tres yardas — dijo la reina — si las hubieses olvidado. A las cuatro yardas y a las cinco te abandonaré.

Mientras tanto había terminado de medir las estacas. Alicia mirábalas desde el árbol, empezaron a caminar y el camino se fue haciendo más claro y claro.

Estaban en el límite de la cabeza y dijo:

—Tú sabes que un peón en su primer movimiento podrá llegar al tercero... Y en un momento alcanzar el quinto espacio pertenece a Tweedledee y al quinto es casi todo agua. Humpty Dumpty... ¿Pequeño espacio?

—Yo... majestad..., y que hacer, ahora...

—Tú — repuso la reina — deberías decir: «Eres muy avara en la carne todo esto». En fin, el tiempo espacio es todo bosque.